

1. EL LADO OCULTO DE LA LUNA

JOSÉ SARAMAGO*

¿Qué es la identidad iberoamericana? No lo sé. Y a lo mejor, nadie lo sabe. Por no saber, no sé ni siquiera qué es la identidad de un pueblo, así que voy a permitirme estas reflexiones en voz alta, sin papeles por delante, a ver si entre todos somos capaces de llegar a alguna conclusión.

Parece que identidad tiene que ver con idéntico, con igual, de modo que, en el supuesto de que exista una identidad iberoamericana, tendríamos que concluir que se registra una igualdad —identidad— entre lo que pasa en este continente ahora y, desde 1492, por ejemplo, con lo que pasaba y pasa en la península Ibérica, porque, de lo contrario, el término “iberoamericano” sería inadecuado y ahí habría que rendirse y reconocer, al menos yo lo hago, que no sé como llamar a esta parte del mundo. Porque le digo América Latina, le digo América del Sur, le digo, a veces, Iberoamérica, pero sé que siempre me está faltando algo. Sería bueno que tuviéramos aquí, ahora, un atlas, sobre todo un atlas hecho en Estados Unidos o en Inglaterra —que tienen sobre estos asuntos ideas propias, aunque no originales— para ver cómo resuelven la cuestión desde esa su perspectiva. Sería interesante.

Los portugueses que están entre nosotros no tienen ninguna duda, aunque yo sí pueda tenerlas, acerca del concepto identidad de un pueblo, porque identifican, sin mayores problemas, la identidad portuguesa. Nosotros, los portugueses, existimos como nación desde el siglo XII. Si en cada tiempo de un país, o de un pueblo, vivido por ese país o por ese pueblo, se pueden reconocer ras-

* Escritor y premio Nobel de Literatura 1998.

gos comunes que lo identifican con más o menos facilidad, ése es el caso portugués, de manera que podríamos concluir que hubo unas constantes que, precisamente por ser constantes, permanentes, unieron e identificaron en el transcurrir de los siglos. En el caso de Portugal, tanto en el siglo XII con el siglo XXI, podríamos decir que se da una cierta continuidad, una especie de continuidad que podríamos calificar de biológica. Nosotros somos, los de ahora que están aquí conmigo, la última marea de un movimiento del mar del tiempo que nos ha conducido hasta aquí, hasta el punto donde nos encontramos, como portugueses, como si no pudiéramos ser otra cosa. Sin embargo, no creo que esa cualidad —voy a utilizar cualidad como característica— del pueblo portugués sea reconocible en términos de identidad común a lo largo del tiempo pasado desde el siglo XII al siglo XXI. Hemos sido muchas cosas y algunas veces contrarias, algunas veces incluso en contradicción y en conflicto con lo que antes fuimos. Eso me sugiere que mejor que emplear el tiempo en discutir o debatir sobre la identidad de un pueblo o, simplemente, sobre la identidad de una persona, porque, al fin y al cabo, somos a la vez lo mismo y lo diferente, deberíamos fomentar una conciencia, una autoconciencia, que nos permita, de alguna forma, decir quién somos ahora, o cómo se nos puede llamar, o vernos a nosotros mismos en nuestro tiempo, teniendo en cuenta, por supuesto, y con el mayor rigor posible, todos los elementos del pasado. Todos.

Si aplicamos estos criterios a esta región a la que llaman Iberoamérica, entramos en una confusión total. Imaginemos que vamos por ahí preguntando a cada ciudadano colombiano que encontramos en la calle, o en la selva, en el interior o en la costa, si se siente iberoamericano: incluso aquellos que sobre el asunto creen tener algunas ideas se van a encontrar con todas las dificultades del mundo para decir qué es ser iberoamericano. Un campesino de Colombia se quedará en silencio, mirando al interlocutor con ojos de asombro, porque simplemente no sabrá de qué le están hablando.

Claro que en un conjunto de personas cultas, como es el caso de este foro, el concepto de identidad iberoamericana circula bien. Pero si cada uno de nosotros se detiene durante un minuto y piensa en lo que está diciendo, creo que quizá no lo viera tan claro, quizá

se sentaría tranquilamente a pensar para llegar, tal vez, a la conclusión de que, hasta ahora, ha sido, simplemente, una especie de paradigma. El hecho de afirmar que somos todos iberoamericanos parece resolver la cuestión, pero no, no resuelve nada, cubre apariencias, pero no entra en el fondo.

Habrà quien diga que utilizar el término América Latina es correcto porque se hablan unos idiomas, el castellano y el portugués, que proceden del latín. Está bien porque hubo un encuentro (otros han dicho, y con mucha más razón, un encontronazo) entre dos civilizaciones, entre dos culturas, las de allá y las de aquí, y así se justifica esa especie de corriente sanguínea que llegó y se implantó aquí, que venía con el soldado, con el misionero, con el colono, y que, simplemente, aquí fecundó: trajeron el germen de Europa, lo fecundaron y hoy decimos las culturas iberoamericanas creyendo que lo estamos diciendo todo.

Es cómodo, pero como tantas otras cosas cómodas en la vida, oculta, disfraza, una realidad que se contradice demasiado, cuando no choca de manera frontal con esta especie de señal mágica que nos convierte a todos en iberoamericanos, sin que se sepa verdaderamente qué es lo que eso significa.

Claro que si yo hiciera, por ejemplo, una antología de autores de la península Ibérica y de autores de estas partes del mundo, podría, sin ningún problema, titularla *Antología de poesía iberoamericana*. Es un rótulo que no ofende y que de alguna manera hace cómoda la comprensión de la propuesta que estaría contenida en esa antología. Pero esta simplificación no puede utilizarse con ligereza, no se puede decir identidad iberoamericana y seguir adelante como si todo hubiera quedado aclarado, porque no es así.

Solucionar el problema es ponernos de acuerdo acerca de vuestro nombre. Excluyo a los becarios de Portugal y a los de España que se encuentran aquí, porque aunque estén aquí, no son de aquí. Si esto es Iberoamérica, desde el Río Grande hasta la Patagonia, dan ganas de decir que valieron la pena estos 500 años de presencia, con los cambios que en cada momento esa presencia fue imponiendo, desde el dominio absoluto y total de las tierras y de las gentes que vivían antes de 1492, hasta los días de hoy. Y digo, irónicamente, claro, que parece que ha valido la pena porque

hemos conseguido, de alguna forma, ser universales, por lo menos en una parte importante del planeta, ya que hemos mantenido, no quiero decir derechos, pero al menos sí una presencia tan poderosa que hoy, sin ningún empacho por nuestra parte, imponemos a quienes han nacido en esta tierra, no sé si subrepticamente o como si fuera un mazo sobre sus cabezas, el nombre por el que han de ser conocidos, es decir, iberoamericanos...

Aunque dudo mucho, como he dicho antes, que alguien se sienta aquí verdaderamente iberoamericano. "Sentirse" así significaría que habría un equilibrio entre los dos conceptos, el ibero y el americano. Que al decir "soy iberoamericano" uno experimentaría un movimiento interior, una sensación igualitaria y pacífica, sería como constatar que sí señor, soy efectivamente cincuenta por ciento de una cosa, cincuenta por ciento de otra, todo está en orden, se respeta la idea de idéntico que se contiene en el concepto de identidad porque se es cincuenta por ciento ibero y cincuenta por ciento americano. Claro que ahora hay que preguntarse: americano ¿de dónde?, ¿americano de México?, ¿de Guatemala?, ¿de Venezuela? ¿de Perú?, ¿de Bolivia, de Uruguay, de Brasil?... Y si soy argentino u hondureño, ¿eso hace de mí un iberoamericano? No. No me lo creo, no me lo creo.

Si observamos bien, en esta expresión "iberoamericano" hay todavía una especie de eco colonialista, en el sentido de que cuando todos los países de aquí han conquistado su independencia, todavía tienen que resignarse, por lo visto, a que les llamen con el nombre de la potencia colonizadora.

Por supuesto, sería necio no reconocer que es muy importante la componente europea, que es absolutamente legítimo reclamar como propia esa identidad cultural, acrisolada durante siglos, y que es fundamental para el desarrollo cultural y económico. Pero creo que viviríais mucho más tranquilamente, o por lo menos con otro tipo de tranquilidad, si se abandonara, de una vez por todas, el nombre que os nombra, es decir, si dejamos de pensar en vosotros como iberoamericanos. Y si fuera posible, que borráramos este concepto, porque no ayuda a entender nada. Porque vosotros sois, así lo veo, simple y llanamente, americanos, a-me-ri-ca-nos.

Segunda cuestión: ¿americanos qué? Porque parece que el nombre "americano" está registrado, que pertenece a los de arriba,

según ellos, claro, y según han conseguido imponer. Pero esa dificultad es más aparente que real. Europa, que es mucho más pequeña que América, se dividía —por decirlo así, aunque no hubiera ninguna división, ninguna raya en el mapa ni en la tierra— en zonas, con toda flexibilidad nosotros hablábamos de Europa occidental, o de la Europa del este, de la Europa del norte, con sus ríos, sus civilizaciones más avanzadas en muchos casos, y la Europa del sur, que era todo lo contrario, que es Portugal, España, Italia, es Sicilia, es Córcega... todos mundos diferentes. Y la llamábamos la Europa del sur y esto nos orientaba. En un tiempo pasado, los países del este eran una especie de amenaza constante, pero bueno, aquí lo que importa es la geografía, ese peligro ahora no nos quita el sueño, otros hay, y peores...

Sin embargo, aquí se ha pretendido dar una apariencia de unidad o de unificación cultural que, a mi entender, no es razonable, no es real, es, simplemente, conceptual. Decir iberoamericano es como formular un deseo que en absoluto tienes la seguridad que vaya a concretarse. Decir iberoamericano es, por ejemplo, tener una llave que entra en todas las cerraduras pero que no abre ninguna puerta, que es el peor destino que puede tener una llave. Decir iberoamericano es llenarse la boca de aire y no matar el hambre, muerte, por cierto, que debería ser considerarse obligación moral de los estados y de las sociedades no permitir.

¿Cómo debería entonces —y pido perdón, no siendo más que un escritor, por estar hablando aquí de temas que, supuestamente, no son de mi especialidad—, cómo debería llamarse esta tierra donde ahora estamos y que nos acoge? José Martí, esa gran figura cubana, la llamaba Nuestra América. La América de todos, la vuestra, la llamaba Nuestra América, pero no podría ni imaginar que en las cartas, en los mapas, vaya a aparecer ese hermoso nombre, *Nuestra América*. El mundo diría que estáis más o menos locos, se preguntaría que eso cómo se dice, cómo se pronuncia, qué es lo que significa *Nuestra América*... ¿Cómo y por qué, y hasta dónde? José Martí era un poeta. En mi opinión, más pegada a la tierra, y ya con la experiencia de Martí, entre otros, esta región, desde el Río Grande hasta la Patagonia, debería llamarse sencillamente América del Sur. Y antes de responder a las objeciones que van a levantar, permítanme una

pequeña digresión: los norteamericanos no han tenido ninguna dificultad en resolver su problema. Aceptaron que su país era, sin duda, era Norte, como Norte es también Canadá, y también es América, aunque Canadá tuvo la discreción de elegir un nombre para su parte, y no apropiarse del todo... En fin, los norteamericanos se pusieron a sí mismos Estados Unidos de América y así se llaman y los llamamos, sin ningún complejo ni sentido de culpa. Pero sigo con la digresión: si pensamos que los primeros en colonizar lo que hoy es Estados Unidos fueron los ingleses, que transportaron modos, usos y lengua, si tenemos en cuenta, por otro lado, las excelentes relaciones que han existido y existen entre Inglaterra y Estados Unidos, parece que en buena lógica, o por lo menos siguiendo el ejemplo que en esta parte de América se pretende imponer, los norteamericanos debieron llamarse angloamericanos. Así quedaba clara su relación histórica con Inglaterra, al igual que se pretende que dejar claro en ese concepto de iberoamericano que os debéis a alguien, que vosotros mismos, sin el bastón del otro concepto que es ibero, no sois mucho o no sois completos.

En definitiva, y tomando la cuestión en el punto que la abandoné para hablar de Norteamérica: que, si no existen reluctancias en el mundo para llamar a la parte por el todo, ¿por qué tendría que haberlas para llamar América del Sur a la tierra que está al sur de Río Grande? Ya sé que hay que forzar conceptos geográficos, pero lo que propongo es una opción política: Sur como concepto distinto de Norte, Sur, sin exclusiones de culturas, sin resonancias coloniales, Sur como propuesta propia y hegemónica. Un Sur que englobaría también a la que hoy llamamos América Central y que, quien sabe, quizá con otra vinculación con los que le son afines, estaría más libre de las turbulencias a la que viene siendo sometida. No es necesario ni recordar la historia ni acontecimientos: demasiado presentes están, sabemos la consideración que como países independientes han merecido por parte de ciertos gobiernos del norte. Sí, patio trasero era uno, no el peor. En fin, la historia de la infamia se escribe cada día, desgraciadamente. Y ahora pienso en Irak, en los muertos, en la destrucción sistemática de ese país.

Volvamos a América, a Nuestra América, dejando a un lado esa otra que ciertos poderes quieren que sea líder mundial: por cierto,

tengo que confesarles que no me gusta nada que se les trate a ustedes, y que a este foro se le denomine “de líderes”: ¿se han planteado lo que es ir por la vida cargando sobre los hombros el fardo de ser líder? Supongo que será horrible. Hay conceptos mejores para soñar que éste del liderazgo que, como el carisma, es algo que se prepara usando las técnicas adecuadas. En el fondo hay algo de alquimia para llegar a ser líderes. Pregunto: ¿se puede nacer ya siendo líder? ¿Bush nació siendo líder mundial o el liderazgo se lo otorgaron otros y las circunstancias?

Creo que ustedes, universitarios de un lado y otro del Océano, deben de hacer sencillamente el trabajo para el que están, y bien, preparados. Si alguna cosa pueden reconocerse los unos a los otros y nosotros a quienes han realizado el curso es que han sido buenos estudiantes. Eso, sencillamente. Pero eso no basta para ser líder, llega para ser de provecho en la sociedad donde se ha de desarrollar la vida de madurez.

Me dan envidia: yo tuve una educación precaria en todos los sentidos, trabajé como cerrajero mecánico y soy premio Nobel de Literatura. Mi vida no ha sido fácil en ningún aspecto. Nacido en una aldea pobre, como seguramente algunos de los que están aquí, de países como Ecuador, Perú u Honduras, por ejemplo, con las mismas circunstancias, a base de esfuerzo, sin trazar metas que de mí no dependían, sin ánimo de liderazgo, que nunca lo he tenido, en absoluto me he sentido líder a ninguna edad, ni siquiera ahora, pero con la conciencia muy clara del valor del trabajo, he llegado hasta este foro, a dirigirles la palabra. Por supuesto, no estoy proponiéndoles mi ejemplo, lo que me gustaría es que no se tomaran demasiado en serio la etiqueta de líder que les ha convocado, y lo siento, Rosa, porque parece una crítica a la organización, pero es más profundo que eso y seguro que me entiendes. Supongo que nadie de los presentes irá ante la sociedad diciendo “Yo soy líder, soy becario líder”. No. Un sentimiento de pudor seguramente les impedirá decir, al menos en voz alta, una tontería como esa.

Iberoamérica: no sé si los gobiernos estarían dispuestos a cambiar el mapa, pero creo que sería un debate importante porque nos libraría, o les libraría a ustedes, de esa especie de tutela, que no es malintencionada, que seguramente no fue una estrategia de ningún

grupo de presión, pero que, al menos aparentemente, existe. Y a nadie, mayor de edad, le gusta ser tutelado. Ser americano es demasiado importante como para que haya que añadir el complemento “ibero”. No se necesita.

Y peor todavía decir latinoamericano, porque entonces entramos en un laberinto de definiciones y de conceptos que no acaba nunca y en el que nos vamos a encontrar hasta a la Iglesia católica, que es el único latín, no nos engañemos, que llegó a este continente y de qué manera... Claro que el portugués, el francés y el castellano, y tantas otras lenguas derivan del latín, pero ese antecedente es demasiado remoto, o quizá demasiado fácil, para definir lo que quiera que sea, país o persona.

“Latino” o “ibero”, en mi opinión, son conceptos que se imponen y que se presentan como una tutela, tutela invisible, si quieren, inconsciente por ambas partes, que no ha sido intencionada, podemos convenir, pero es lo que se desprende y miren que se desprende con mucha fuerza.

Mi propuesta no es una propuesta, es la conclusión necesaria de todo lo que he estado diciendo desde que me senté ante ustedes: esta tierra debería llamarse América del Sur y punto. Todo el mundo sabríamos que hablamos de una parte fundamental de un continente, que tiene otra parte, que está en el Norte, aunque ahí sí hay problemas, porque Canadá tendrá que resolver cómo se presenta ante el mundo, si no es Sur, si el Norte que se lo ha apropiado, abusivamente, una potencia. América del Sur como concepto, como continente, y todos sabríamos de qué estamos hablando. Por supuesto, luego vendría lo que, sobre todo, es importante: si eres colombiano, si eres mexicano o si eres guatemalteco, cada pueblo con su identidad propia, identidad que, ahora sí, está sujeta, como empecé diciendo, a todos los análisis, identidad que implica igualdad, que implica permanencia, que reclama lo que le identifica y que le hace ser una entidad reconocible en el mundo. Los países, como las personas, tienen carné de identidad, haber nacido en España, en Portugal o en Uruguay es un documento que te justifica, pero también te permite decir, con apoyo documental, que eres español o portugués o uruguayo, sin necesidad de recurrir ni a Europa ni a América.

Creo que deberían cambiar el nombre. Hagan como los chinos, no los de ahora, que la historia es otra. A los chinos, en el pasado, se les daba un nombre cuando nacían, pero cuando llegaban a una cierta edad, y si así lo querían, podían cambiar de nombre, y se lo cambiaban porque, efectivamente, el nombre que le pusieron no era suyo. Aquel nombre primero era, simplemente, el que les había sido otorgado, o impuesto. Qué hermoso ejemplo, casi apetece decir de justicia poética, esta tradición china. Amparada, supongo, por la ley... Creo que hay que aprender esa lección de los chinos, porque me parece, lo siento cuando miro este continente, que ha llegado la hora de que ustedes, a sí mismos, se cambien de nombre.

El otro lado de la luna, es el título de mi reflexión en voz alta. Hemos visto un lado, la parte siempre visible, el continente rico y contradictorio en que estamos y que, a mi entender, necesita un nombre distinto del que le ha sido dado. ¿Por qué? Porque está la parte oculta, la parte que no aparece al no ser denominada: ésa es la importancia capital del nombre, que puede mostrar pero también ocultar. Decir Iberoamérica es seguir ignorando la existencia de la cara oculta de este continente. Me perturba mucho este asunto, no saben cómo...

¿Dónde están los indios? ¿Los pueblos indígenas son también iberoamericanos? El guatemalteco que procede y se reivindica de una etnia anterior a la llegada de los pueblos ibéricos ¿es también iberoamericano? ¿Y por qué, en un encuentro en que, entre otras cosas, se habla de la identidad iberoamericana, no se habla también de las otras identidades que conforman el continente? ¿No tienen el mismo nivel cultural? ¿O será que no tienen el mismo nivel económico? No sé si hay aquí indios, indígenas con conciencia clara de serlo. No hablo del mestizaje, otro concepto que habría que revisar, que ha producido algunas salidas, no hablo de indios aculturados, con una situación económica razonable. No hablo de ellos, hablo de los millones de hombres y mujeres que han sido y son ignorados sistemáticamente. Incluso no entiendo que no se hable de los pueblos indígenas en este encuentro, que ni la palabra indio haya salido hasta ahora, pese a estar donde estamos, que no es Bruselas.

¿Cuántos millones de indios quedan? A veces digo, no con *autoritas*, sino con cierto espíritu romántico, mejor dicho, con el espíri-

tu característico del romanticismo, que los indios eran los dueños de la tierra. Cuando aquí llegó Colón y cuando a Brasil, a lo que después se llamó Brasil, llegó Pedro Álvares Cabral, encontraron gente y culturas, algunas de ellas muy avanzadas. Había idiomas, había literatura, aunque en algunos casos sólo se expresara oralmente, pero el cuento, aún no escrito, es ya una manifestación literaria.

¿Qué hemos hecho? ¿Qué hacemos? O mejor, ¿qué pueden hacer ustedes? Como ven, yo no puedo hacer nada más que preguntar. Sorprendido, asombrado, perplejo. ¿Por qué se olvida, se ignora, a los indios, a los indios de Colombia, que están aquí, al lado de esta sala, en la puerta? A los de Guatemala, que son el 50% de la población. A los de México, que son millones... ¿Qué harán con ellos, con esa gente? ¿Seguirán habitando la cara oculta de la luna?

Claro que la palabra mágica es integración. Pero integrar ¿cómo? porque la palabra mágica no es suficiente para producir magia. Y la integración, para ser auténtica, debe ser una inter-integración. Yo me integro en ti y tú te integras en mí, pero no es en esto en lo que pensamos cuando decimos “integración”. Seamos sinceros: si aplicamos la palabra, y el concepto que la palabra encierra, a los indios de América, de esta América, me gustaría saber qué integración estarían dispuestas a conceder las clases privilegiadas y dominantes, qué parte de los indígenas iban a reclamar como propias. Me temo que ninguna, que integración significa que “ellos” se incorporen a los valores dominantes. O sea, apuesto que no habrá integración, y lo sabéis, en el sentido de inter-actuación, a los indios no les quedan más que dos alternativas: desaparecer y, por así decir, limpiar el terreno, que más o menos es la idea que tiene, por ejemplo, Israel con respecto a los palestinos, sencillamente espera que se acaben y está haciendo todo para que eso ocurra, o que adopten los modos y las maneras hegemónicas. De integración y de mestizaje, nada, simplemente drástica imposición, aunque sea hecha a través de sutiles maneras.

¿Por qué el indio se convirtió de dueño de la tierra en siervo de la tierra? ¿Cómo la tierra pasó de unas manos a otras? Sabemos que los norteamericanos para resolver eso encerraron a los pieles rojas en reservas.

Que es otra forma de acabar con el problema, que antes se me escapó. Aunque de alguna manera los indios de aquí, sus pueblos, donde ellos están, son reservas, reservas para obtener mano de obra barata, reservas para ser ignoradas. Para nosotros todavía viven en lo que llamamos Edad Media, aunque ellos tendrán otra visión, porque la apreciación del tiempo en esas cabezas, en esas inteligencias y en esas sensibilidades, seguramente es distinta de la nuestra. Para nosotros ellos creen que el tiempo está inmóvil, está detenido. Quizá están contando sus víctimas o preguntándose cómo ha sido esto posible, qué tsunami los despojó de todo, tantas veces y para tantos, no sólo de su identidad sino, incluso, de su propia autoestima.

Las preguntas que os dirijo, como estudiosos aventajados, son éstas: ¿cuántos millones de indios existen desde México hasta el sur del Sur? ¿Cuántos mapuches, por ejemplo, sean de Argentina, sean de Chile...? A los de Chile, parece que les queda menos del diez por ciento de su territorio histórico. El resto les ha sido robado por grandes multinacionales. Por ejemplo, tanto en Argentina como en Chile, Benetton es propietaria de territorios que son como países. Los indios han sido saqueados y, ahora, a los que protestan, se les aplica una ley antiterrorista aprobada en Chile. Hay personas que no pueden decir: «Esto es mío», y hay firmas, empresas, terratenientes que sí pueden afirmar, sin que les pase nada: «Esto ahora es mío». Y si alguien pretende restituir la propiedad de la tierra, diciendo: «No, no era tuyo y ya tampoco lo será», si dicen: «Me lo robaste, quiero que me lo devuelvan», éstos serán acusados de alterar el orden y recaerá sobre ellos el peso de la ley. No sobre los que se instalan en beneficio propio, con las leyes que ellos han declarado santas, o sea, las leyes del mercado.

Por supuesto, no propongo que ni las ciudades ni las regiones que fueron emblemáticas de los mapuches les sean devueltas a los descendientes, a los tataranietos de aquellos que vivían entonces aquí. No es eso, ni se trata de eso, porque no es posible. Sencillamente, lo que se debería hacer es buscar fórmulas de no dejarlos atrás y de no dar pretextos para situaciones terribles como las que viven, carnicerías tremendas contra los pobres, exterminios de pueblos sin que eso sea noticia. Porque el indio no es noticia. Uno abre un periódico cualquiera y una parte importante, aunque sea una

minoría, no forma parte de la realidad que los medios retratan. Es curioso que ahora que andamos preocupados con la protección de las minorías, incluso de las minorías políticas, y queremos que estén representadas en el parlamento para que la diversidad ideológica y política del país encuentre ahí su retrato, su radiografía, esta minoría mayoritaria que son los indios esté tan ausente de los medios. De los indios no se habla, salvo para un suceso que mal se explica. Y si no hablan ustedes, si no empiezan a hablar de los indios, se está haciendo algo muy grave, porque es considerar que una parte de la población no merece ni un esfuerzo para sacarla de la miseria, de la humillación a que ha sido empujada. Recordad que esos pueblos llevan cinco siglos de humillación. Les robaron sus idiomas, les robaron sus creencias, les robaron su tierra, les robaron sus dioses. Les robaron todo, todo, todo, todo. No tengamos ninguna ilusión: lo que ocurrió fue una extorsión, un robo montado con eficacia y acompañado de la imposición de una nueva religión que, casualmente, es una religión también de humillación, de negarse a sí mismo. Hay algo de maquiavélico en todo este proceso que ya lleva, se arrastra, quinientos años.

Y, por favor, como ya somos mayores, no repitamos algo que sabemos que no es cierto, no hubo ningún encuentro de civilizaciones, los indios de ninguna parte se metieron en sus barcos, en sus canoas para cruzar el Atlántico y, por una casualidad extraordinaria, encontrarse en su ruta a Colón o a Álvares Cabral. Aquí llegaron las naos o las carabelas que traían, entre otros, a dos personajes importantísimos: el fraile y el soldado. El fraile ponía el pie en tierra y decía: «Vuestros dioses son falsos. Yo traigo conmigo el verdadero Dios». Olvidad por un momento el imperdonable pecado de orgullo que es decir: «Yo traigo conmigo el verdadero Dios», y que ha tenido como resultado una aculturación violenta, en todos los aspectos, aunque es cierto que los guatemaltecos, por lo menos, en un viaje que hice vi que hacen de las iglesias un uso que no es canónico, porque se sientan en el suelo, encienden unas velas en el suelo, no le dan ninguna importancia al altar, o a lo que pasa allí arriba, y es en el suelo donde hacen sus rezos. No sé qué están rezando. Todo esto debería merecer un enorme respeto. Pero, decía, que llegaron el fraile y el soldado. Y cuando el fraile decía: «traigo al

verdadero Dios», el soldado ya estaba preparando el arma y enarbolando la bandera de conquista. Detrás, con menos aparato simbólico, estaba el recaudador y el mercader: ellos no se exponían, pero eran los que contaban los beneficios. ¿Dónde está el encuentro?

Ocurre que hay descendientes de aquellas primeras civilizaciones. Y ocurre que esos hombres y mujeres, dispersos e ignorados por los medios, pero con idiomas propios, con usos, con tradiciones, con ignorancia de cosas y con sabiduría de otras, pobres, humillados, muchas veces vencidos, otras no, esos hombres y mujeres también son americanos. Así lo ha querido la historia, pero son americanos invisibles o por lo menos así me lo parece y, desde luego, en este encuentro no han aparecido como sujetos de nada, ni de su presente ni de su destino. A mí me parece que hay que hacer algo, que no podemos ser habitantes de una especie de segundo país, porque se razona, entre nosotros, aquí, por lo que he oído, como si los becarios, y los invitados fuéramos de otra galaxia, como si todos los que estamos aquí fuéramos universitarios norteamericanos o europeos o de cualquier parte del mundo que no tiene una comunidad tan importante reducida a la condición de anécdota.

Se les ha olvidado el indio. Y eso es grave. Es grave porque, si se nos olvida una vez, podemos corregirlo, pero si se olvida una vez y dos veces y tres veces, porque los indios han sido olvidados todos los días que empezaron en el 1500, hasta el día de hoy, entonces la cosa va mal, muy mal, es como si no hubiéramos avanzado en derecho internacional, como si no se hubiera abolido la esclavitud, al menos legalmente.

Hace un tiempo que vengo diciendo, con algunas sonadas divergencias, que el futuro de América, de esta Nuestra América, o América del Sur, dependía mucho de la emergencia de los pueblos indígenas. De la emergencia de los pueblos, o sea, emerger desde el fondo y aparecer a la luz del sol. Porque una América que recuperase su identidad primera en la figura de esos indios, de esas personas, sería seguramente distinta. Porque puede ocurrir, y no es una acusación malvada, es una provocación, como mucho, que ciertas clases que se consideran hegemónicas, ciertos comportamientos “líderes”, no sean más que copias de formatos europeos o norteamericanos. Y no hay nada peor que ser copia de...

Está faltando el indio. A lo mejor les asombra lo que este señor mayor, europeo, desde lo alto de la tribuna está diciendo. Pues lo repito: está faltando el indio. Y esto es terrible, es como si una clase social, una clase social ya integrada, un sector de la clase media, por ejemplo, fuera, por razones inexplicables, excluido, segregado de la comunidad nacional. De producirse un hecho así enseguida se mostraría la protesta e indignación: «No puede ser», se diría. Y con toda la razón. Pero los indios están excluidos y segregados desde hace 500 años. Tenéis una oportunidad ahora, una doble oportunidad: ayudarlos a que se salven del exterminio, ayudarse a ustedes mismos a salvar su propia dignidad de ciudadanos que no transigen con la barbarie heredada. Quizá la aportación de esta gente, en las distintas edades o grados de desarrollo, con sus valores, algunos tan interesantes, puedan realmente cambiar América.

Porque América necesita ser América y no dirigir su mirada a los países de Europa o a Estados Unidos, que siendo América, tiene otra tradición y otros valores. Ustedes son otros, son distintos; no quieren ser idénticos a nadie más. La identidad de América del Sur tiene que pasar por la aportación, por una recuperación del otro, del indio. Aquí nunca se dijo que el mejor indio era el indio muerto, aunque se le matara. No reivindicamos al otro por una moda literaria, no es el indigenismo y todo eso lo que nos mueve. No, es el simple y urgente sentido de justicia y, quizá, la necesidad, que no sé si será compartida, de incorporar al otro a nuestras vidas.

Como personas puede ser que no se sienta esa necesidad, pero el continente americano del sur necesita esa sangre, necesita a esa gente para estar completo. No se olviden. Porque olvidarse una vez más de la cara que la luna ha querido ocultar sería una infamia y ya es hora de acabar con la infamia de cinco siglos de extorsión y de humillación.

Hay una escritora mexicana, Rosario Castellanos, que es imprescindible leer. En estos países de América del Sur no han faltado escritores que han mirado al indio, al indígena, aunque eso, en el fondo, no actuara como revulsivo porque la sociedad encuentra siempre antidotos para las personas, intelectuales en este caso, que dicen cosas molestas para la conciencia de cada país. Esta mujer, Rosario Castellanos, escribió libros interesantísimos. Era de una

familia rica, una de las grandes fortunas de Chiapas y de toda esa región oriental de México, pero ella, observadora, escribió un libro, una obra, sería mejor decir, en el que queda claro que la humillación a la que sometieron al indio, a lo largo del tiempo, ha sido una vergüenza. Hablo, por ejemplo, de “Ciudad Real”, un monumento literario y humanista, que recomiendo que lean. La gente de San Cristóbal, o sea, de Ciudad Real, vivía sin darse cuenta de lo que estaba pasando, creía que ese era el orden natural de las cosas, la voluntad del Dios de todos, pero, como siempre ocurre, cuando se es Dios de todos, se es más Dios de unos que de otros. Y era el Dios de los ricos, sobre todo y como siempre.

No quiero complicarle demasiado la vida a nadie, pero me gustaría que esta noche fuera para vosotros una noche de insomnio. Y me gustaría aún más que sobre el tema de la cuestión del nombre, que sea iberoamericano o no, en el fondo no tiene mucha importancia, aunque me parece que debe de merecer la atención de quienes aquí viven, me gustaría, decía, que se sienten juntos portugueses, españoles, hondureños, lo que sea, de todos los países que aquí están representados, para contestar a esta pregunta: «¿Qué es lo que nos ha pasado que hemos olvidado al indio?» y ojalá que se alcanzan algunas conclusiones. Y que ese debate se integre en la cotidianidad, ese debate o esa toma de conciencia, en la acción futura.

Quizá en el futuro, alguno de los líderes que hoy están en esta sala, aunque por el momento becarios, cuando llegue la ocasión, si llega, de ser realmente líderes políticos o empresarios, piense en esto que nos ocupa, que, desde luego, me ocupa.

Supongo que ustedes trabajan para ser dirigentes en los dos mundos del poder, para ser empresarios o políticos, que son las dos carreras que están abiertas. A los empresarios puede que no les importe mucho esta cosa del indio, ellos piensan con otros baremos, pero si se dirigen hacia la política, si efectivamente tienen un escaño en los parlamentos de cada país, háganme el favor de corregir este desatino, esta injusticia. Que no es una injusticia histórica, es un crimen histórico. La historia siempre la escriben los vencedores. Imaginen cómo sería la historia de América, de esta Nuestra América, escrita por los indígenas, por los indios ¿Cómo sería? Cinco siglos después quizá ya sea el momento de volver al

sentido común. O de imponerlo, frente a los intereses que no están llamados para ser árbitros de nada, después de haber sido parte abusiva de todo.

Es la hora de que veamos la luna en todo su esplendor. No la tapen, por favor.